

Solo la tumba podrá
De mi triste corazon
La activa llama apagar ;
Mas, sea que no merezco
Tan peregrina beldad,
Sea que con tantos ayes
La he llagado á fastidiar ;
Bien conozco que Marcela
No será mia jamás.
Tú sabes mejor que yo
La ciencia de enamorar.
Yo soy tímido en extremo ;
Tú eres en extremo audaz ;
A mí no me dá esperanzas ;
Acaso á ti te las dá.—
Yo te cedo su conquista :
Sí, Martin ; y de este umbral
Apartado para siempre,
Triste, desvalido, ¡ay!
Lloraré mi desventura
En amarga soledad.

Mart. ¡ Ah, ah... ! Déjame reir.

Amad. Con que estoy para espirar,
¿ Y te ries ?

Mart. No hay cuidado :
Pronto te consolarás,
Que amores inconsolables
No son fruta de esta edad.

Amad. ¡ Cómo ! ¿ Tú dudas, Martin,
Que mi amor... ?

Mart. No dudo tal ;
Pero hablemos con franqueza,
Pues nos conocemos ya.
Hoy por Marcela suspiras ;
Mañana suspirarás
Por otra.

Amad. Yo soy sensible :
Yo no vivo sin amar.

Mart. Pues por eso mismo es fácil
Que rinda tu voluntad
Otra Filis, ú otra Laura,
Amartelado zagal.—
Tres damas te he conocido
Desde el dia de San Juan.
La cuarta es Marcela.—Vamos,
Dime ahora la verdad :
¿ No te atreves con la quinta ?
¿ No hay en tu pecho lugar
Para hospedarla ? ¿ Qué diablos !
Aunque sea en el zaguan.

Amad. Aun me harás reir, Martin ;
Y eso es una iniquidad.

Mart. Yo tambien amo á Marcela ;
Pero amo á lo militar :
Resérvandome algun tanto
De juicio y de libertad,
Por si hay que volver la grupa

Hácia el cuartel general.
Cuando la veo me inflamo,
Pierdo la chaveta, y mas
Si me esgrime aquellos ojos
Que tanta guerra me dan.
Confieso que si lograra
Su mano, fuera el mortal
Mas dichoso ; pero, amigo,
No me dejaré enterrar
Como amante de novela
Si calabazas me da.

Amad. Pero en suma, ¿ qué partido
Tomaremos ?

Mart. Declarar
Formalmente nuestro amor
A la viuda, y cada cual
Ver cómo puede rendirla.
No es mucha temeridad,
Que ella nos anima á todos
Con su carácter jovial.

Manos á la obra, Amadeo.
¡ Al grano ! Que lo demás
Es perder tiempo. Al que venza
Su fortuna le valdrá,
Y el que quedare vencido
Ceda el campo á su rival.

Amad. Pues lo quieres, me conformo.

Mart. Entre tanto dame acá
Esos cinco. Siempre amigos.

Amad. Siempre amigos.—Y del tal
Don Agapito ¿ qué hacemos ?

Mart. Declararle sin piedad
La guerra ; mortificarle ;
Perseguirle y no parar
Hasta echarle de esta casa ;
Que aunque él es moro de paz,
Y no puede desbancarnos

Semejante orangutan,
Sin embargo, será útil...

Amad. ¿ Para qué ?

Mart. Para estorbar.—
Sigueme ; vamos á casa,
Y dispondremos el plan
De ataque. (Mucho me engaño,
O la hago capitular.)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON TIMOTEO, MARCELA.

Tim. Pues hemos quedado solos,
Ven ; sentémonos aquí,
Sobrinita.

Marc. Está muy bien. (Se sientan.)
¿ Qué me quiere usted decir ?

Tim. Muerto, ó difunto, tres años
Hará el dia de San Luis,
Tu marido, tu consorte,
Tu esposo don Valentin,
Eres viuda, pero viuda
Todavía en el abril ;
Quiero decir, en la flor
De tus años. ¿ No es así ?

Marc. Cierto. (¿ Adónde irá á parar ?)

Tim. Aunque en edad juvenil,
Por tu estado, tu talento,
Tu independecia, y en fin,
Porque te dan tus haciendas
Una renta de dos mil
Y quinientos pesos fuertes,
Que hoy dia es un Potosí,
Eres hábil, apta, idónea,
Segun el fuero civil ;
Digamos, segun las leyes
Y costumbres del país,
Para hacer lo que te agrade
De tu persona gentil.

Marc. Pero...

Tim. Sentado y supuesto
Que tienes maravedís ;
Esto es, dinero, caudal
Para poder subsistir...
Digamos...

Marc. Al grano, tío.

Tim. Aunque no es tampoco ruin,
O, si se quiere, mezquina,
Cicatera, baladi
Mi fortuna, pues poseo,
Gozo y disfruto en Madrid
Seis mil ducados anuales,
Que no es un grano de anís ;
No te hago ninguna falta ;
No necesitas de mí.
Pero apenas cinco lustros
Acabas tú de cumplir,
O sean veinte y cinco años ;
Y supuesto que en monjil
No se han de trocar tus galas

Y, si no quieres mentir,
Una voz dentro del pecho
A nueva amorosa lid
Te está brindando ; Marcela,
Sobrinita, por San Dionis,
Al yugo del himeneo
Vuelve á humillar tu cerviz.
Cásate, y antes que muera,
Antes que llegue al confín,
Al término de mi vida,
Que ya la tengo en un tris,
Véame yo en tus hijuelos
Renacer, reproducir,
Ya que no pueda en los míos
Por culpa de mi Beatriz,
Que en gloria descansa, aunque ella
Me echaba la culpa á mí.

Marc. Aun no soy tan vieja, tío,
Que me tenga sin dormir
El ansia de pronunciar
En los altares un sí.
Doy por sentado que el hombre,
Lo mismo aquí que en París,
Es de la mujer apoyo,
Como el olmo de la vid ;
Pero aunque tanta viudez
Ya me empezase á aburrir,
Porque insensible no soy
Cual figura de tapiz,
Eso de casarse, tío,
No se hace así como así.
¿ He de pregonar mi mano
A són de caja y clarín ?

Tim. No digo tal. ¡ Dios me libre
De pensamiento tan vil,
Porque vale mas tu mano
Que el imperio marroquí !
Quédese para las feas
El descaro y el ardid ;
O sea... ¡ Cuántos habrá
Que suspiren entre sí ;
Quiero decir, en silencio,
Por enlazar, por unir
Su destino con el tuyo !
Ahí tienes á don Martin,
Al capitán, que delira,
Bebe los vientos por tí,
Marc. ¿ De veras ?

Tim. Sí ; me lo dijo
Sobre mesa, y no en latin,
Porque, como al fin criado
En la orilla del Genil,
Tiene un desparpajo... Y vaya,
Que no es cosa de escupir,
De menospreciar... Treinta años ;
Hombre fuerte, varonil ;
Capitán de artillería ;
Con haciendas en Coín,

Y en Loja, y en Antequera;
Noble como el mismo Cid,
Franco, alegre... Para esposo,
Vamos, no hay mas que pedir. —
¡Ah, picaruela! ¿Te ries?
El se ha valido de mi...

Marc. Pero...

Tim. Entiendo. Tu modestia,
Tu rubor... ¡Oh, qué sutil,
Qué sagaz soy yo, qué fino
Para esto de descubrir,
Adivinar, sorprender
Un secreto femenino!
Esto es hecho. Ahora á tus solas...
Adios. Me voy al jardín.
Echaré pan á los peces,
Y subiré perejil
Para mañana. ¡Qué boda!
¡Qué brillante porvenir!
Serás muy afortunada,
Muy dichosa, muy feliz.

ESCENA II.

MARCELA.

¡Pues! Porque ve que me rio
Ya se va tan satisfecho;
Ya presume que mi pecho...
¡Qué original es mi tío!
Sensible soy como todas;
No me pienso emparedar,
Pero me pongo á temblar
Con solo hablarme de bodas.
Me hallo bien con mi reposo,
Con mi dulce libertad,
Y temo hallar en verdad
Un tirano en un esposo.
Mas si al fin como mujer
Me es forzoso sucumbir,
Ya que yo le he de sufrir,
Yo me lo quiero escojer.

ESCENA III.

MARCELA, JULIANA.

Jul. ¡Buenas nuevas! El criado
De don Agapito ahora
Me acaba de dar, señora,
Este billete cerrado.

Marc. ¿Y á quién dirige esa esquela
El señor don Agapito?

Jul. Lea usted el sobrescrito.

Marc. « Para la hermosa Marcela. »
(Toma el billete, y lee el sobre.)

Extraño, por vida mia,
Que un papel quiera enviarme
Un hombre que puede hablarme
A cualquier hora del dia.

Jul. Faltándole atrevimiento
Para hablar, la cosa es clara,
En ese papel declara
Su amoroso pensamiento;
Pues, por mucho que presuma
De la victoria, es constante
Que maneja todo amante
Mejor que el labio la pluma.
Sí; carta es de amor.

Marc. Lo creo,
Porque me dijo no ha mucho...

Jul. Ya con impaciencia escucho.
Abra usted pues.

Marc. Abro y leo.

« Adorable y adorada Marcelita, unidos
nuestros corazones por los ocultos resortes
de mágica armonía, como los sonos del
trombon se acuerdan con los ecos del violin
cuando marcan los compases de una con-
tradanza con melodiosa cadencia... »

¡Buen principio! Esto promete.
Me pasma tanta elocuencia.

Jul. Con melodiosa cadencia...
Vale un mundo ese billete.

Marc. « Dias há que nuestros ojos son
los únicos intérpretes de nuestra recíproca
ternura; pero ha tomado tal incremento la
mia que ya no la puedo contener en los li-
mites de mi silencio, aunque expresivo y
elocuente. Un poeta misántropo y calentu-
riente, un militar atolondrado y hablador
la bloquean á usted y, envidiosos de mi
ventura, parece que se empeñan en secues-
trar mis amores. Declaro pues por escrito,
desesperado de poderlo hacer de palabra,
que mi gusto por la danza, mi pasión por
la moda, mi fanatismo por las sedentarias
é inocentes labores del bello sexo, á que
usted pertenece y con el cual aspiró á
identificarme, y últimamente mi afición á
las pastillas de coco y á los merengues, no
embelesan tanto mis sentidos como una
sola mirada de la interesante Marcela. Arda
pues para nosotros la antorcha de Himeneo,
y envidien todos los elegantes de Madrid al
derretido y amartelado

Agapito Cabriola y Bizcochea. »

Jul. ¡Oh qué meliflúo papel!

Marc. Su lectura causa tedio.

ESCENA V.

MARCELA, JULIANA.

Marc. ¿Qué hay?

Jul. De recibir acabo

Dos cartas mas. ¡Qué fortuna!
Don Martin manda la una,
La otra el poeta. ¡Bravo!
Tambien esperan respuesta
Los criados de los dos.

Marc. Dame, dame, Santo Dios,
¿Qué conspiracion es esta?

Jul. ¡Bueno! ¿Qué hace usted con tres
Declaraciones ahora?

Marc. Leamos. « A mi señora
Doña Marcela Cortés. »

Jul. (La veo en terrible aprieto.
¿Quién se llevará la torta?)

Marc. Esta á lo menos es corta.

« A Marcelita, soneto.

Si digno fuera de tu ansiada mano
Quien mas rendido tu belleza adora,
Pronto luciera la benigna aurora
Término á tu desden, que lloro en vano.

Mas ¡ay! jamás logré poder humano
Dar leyes al amor; jamás, señora,
Que, á poderlas dictar, mi pecho ahora
Se holgara de romper su yugo insano.

No con dulce esperar me lisonjeo:
Solo te pido en premio á mi ternura
El fatal desengaño que preveo,

Bien como en cárcel hórrida y oscura
Solia un tiempo el inocente reo
La muerte proferir á la tortura.

Amadeo Tristan del Valle.»

Jul. A ese no habrá quien le tilde
De vano y de presumido.

¡Qué modesto, qué rendido,
Qué respetuoso, qué humilde!

Marc. Si es cierto amor tan extraño,
Yo estoy muy comprometida,
Porque va á perder la vida
Si le doy un desengaño.

Jul. Pero es tan bello sugeto,
Tan amable...! Bien merece...
(Buena señal, que enmudece.)

Marc. Mucho me agrada el soneto.
Jul. Por fuerza ha de ser muy fiel

Quien tales sonetos fragua.
¡Eh, señora! Pecho al agua.

Decidase usted por él.

Marc. No es imposible que sienta

¡Qué novio para un remedio!

Jul. Pues calabazas en él.

Marc. Me enfada su presuncion
Y su descaró inaudito.

¿Cuándo el tal don Agapito
Conquistó mi corazón?

Si á mi despecho tal vez
Sus visitas he sufrido,

Porque mi paciencia ha sido
Mayor que su estupidez;

Si su necia petulancia
Me ha dictado con razon

Algun elogio burlon
Que ha convertido en sustancia;

Sí, como hago con cualquiera
Por no poderlo evitar,

Mi mano le suelo dar
Al subir una escalera;

Si sufro, por no hacer dengues
Sobre lo que nada vale,

Que alguna vez me regale
Caramelos y merengues;

No le autorizo por esto
A tan extraña osadía;

Ni mi amor jamás pondria
En hombre tan indigesto.

Jul. ¡Uf! Me da dolor de muelas:
De mirarle me empalago.

Déle usted carta de pago
Y vaya á las covachuelas (1).

Marc. No pasará de esta noche,
Puesto que á tanto se atreve.

Ya que el demonio me lleve
Quiero que me lleve en coche.

Jul. ¿Y qué le digo al criado
Que espera contestacion?

Marc. Le dirás que á la oracion...
(Suena una campanilla.)

Anda á ver quien ha llamado.

ESCENA IV.

MARCELA.

¡Posible es que así se engría
Con mi pretendido amor!

¿Yo su esposa? Antes ¡qué horror!
La mano me cortaría.

Yo le haré con mis desprecios...
Señor, ¡que no ha de poder

Ser amable una mujer
Sin que la persigan necios!

(1) Tenuchos subterráneos donde principalmente se
vendian juguetes para niños. Existían bajo las gradas
de San Felipe el Real y desaparecieron cuando este
monasterio fué demolido.

Lo que me dice.

Jul. Pues ya.

Marc. Pero el soneto quizá se ha escrito para cuarenta.

Jul. Con tal marido yo espero...

Marc. Después de la bendición suele volverse leon

El mas tímido cordero.

Jul. Mi corazón se conmueve, y á ser la cosa conmigo...

Marc. Confieso que es el amigo que mas aprecio me debe; Mas casarme...

Jul. ¡Voto á san...!

Si no nos aventuramos, Señora mía...

Marc. Leamos

(Después de un momento de reflexión.)
La carta del capitán.

« Amable Marcelita: esta tarde me hubiera declarado verbalmente á no haberme impedido el parto de *Clitemnestra*. Me dejó usted plantado por una gata...»

Aunque nada hay malo en esto, Nunca tan frívola fui.

Para escaparme de aquí Me valí de aquel pretexto; Porque estaba ya en un potro, Y no podía sufrir Al uno por su gemir, Y por su charlar al otro.

« Pero yo no lo atribuyo á desprecio, sino á un capricho, á una chanza, ó tal vez al designio de hacerme ver que ciertas materias se deben tratar sin testigos.— Ya es tiempo de explicarme.

Treinta años hace que soy soltero; y no es para hombres de mi temple el ser toda la vida de Dios una misma cosa. Unos me pintan el matrimonio como el mas espantoso cautiverio; otros dicen que es un manantial de dichas y de placeres. Cada uno cuenta de la feria como le va en ella. Yo quiero salir de dudas, porque siempre he sido curioso, y porque empiezo á cansarme de andar, como suelen decir, á salto de mata. Los mandamientos de la ley de Dios me prohíben hostilizar la mujer del prójimo. Dicen que todo lo puede el dinero: mentira. Yo tengo tres mil duros de renta, y nunca he podido comprar los verdaderos placeres, que otros mas afortunados disfrutan *gratis*. — Me canso de lidiar con patronas y lavanderas. — Por otra parte, cuando yo nací mi padre fué lo que yo no

he sido todavía; y un hombre como yo no ha de ser menos que su padre. Por estas y otras razones he resuelto casarme; y habiendo de elegir una esposa, ¿quién mejor que usted, viudita mía? Talento, gracia, hermosura... ¡Cuántos presagios de ventura matrimonial! — Aunque creo que no me mira usted con repugnancia, ignoro todavía el lugar que ocupo en ese corazón; pero me parece que no haría usted ningún disparate en casarse conmigo, porque, sin vanidad, me atrevo á ser tan buen consorte como el primero.

Ya ve usted que esto es hablar al alma. He dicho. Responda usted ahora con la misma franqueza á su resuelto pretendiente Q. S. P. B.

Martin Campana y Centellas.

¡ Epístola singular!

¿ Has visto un novio mas brusco?

Jul. Por cierto que el hombre es chusco.

¡ Qué modo de enamorar!

Marc. Alabo su buen humor

Y su carta me dá gozo,

Que al fin es soberbio mozo...

Jul. Y muy soberbio hablador.

Marc. Mas con gracia.

Jul. No ha de ser

Por mi voto el preferido.

¡ Dios me libre de un marido

Que hable mas que su mujer!

Marc. Con que ¿ no te agrada?

Jul. No.

Yo le haría mil desdenes.

Marc. Juliana, mal gusto tienes.

¿ Y si le escogiera yo?

Jul. Preciso es que la chaveta

Perdiera usted, ama mía.

A quien yo preferiría

Es al poeta.

Marc. El poeta...

Si...

Jul. Yo hablo sin interés.

Ello, usted se ha de casar.

Marc. ¡ No me dejan respirar!

Jul. Vamos, ¿ á cual de los tres...?

Marc. Poco á poco. ¿ Es puñalada

De picaro? Loca estoy.

¡ Tres á un tiempo! Se lo doy,

Juliana, á la mas pintada.

Jul. Pero ¿ qué contestacion

A los criados daré?

Marc. Que aquí vuelvan les diré

Sus amos á la oracion.

Jul. Pues qué, ¿ va usted á salir?

Marc. Voy á hacer una visita

Ahí arriba á doña Rita.

Jul. ¿ No me quiere usted decir...?

Marc. Muy pronto, te lo prometo, Todos mi elección sabrán.

(¡ Qué franco es el capitán! —

¡ Qué letrilla, y qué soneto!)

(*Se retira pensativa.*)

ESCENA VI.

JULIANA.

¡ Mal haya tanto misterio!

Ahora iría con el chisme

A Gertrudis, si supiera...

¡ Desgraciadas las que sirven

A estos señores que quieren

Que todo se lo adivinen! —

Vamos, no dirá el poeta

Que Juliana es insensible

A su regalo. — Y presumo

Que la viuda le distingue. —

Por otra parte, yo temo

Que la balanza se incline

A don Martín. — Esta duda

Tanto me aburre y me afflige,

Como si fuera yo alguno

De los tres novios insignes. —

Con esto, y con que después

Se la lleve el alfeñique

De don Agapito... ¡ Oh! No.

¡ Qué locura! No es posible. —

¿ Quién se acerca? — El es.

ESCENA VII.

JULIANA, DON AGAPITO.

Agap. Juliana,

Muy buenas tardes.

Jul. Felices.

Agap. Yo sé que tu ama ha leído

Mi billete. Dime, dime...

Jul. Le cita á usted...

Agap. Ya lo sé.

¡ Si me lo ha dicho Felipe!

Pero yo estoy impaciente...

Y es preciso que averigüe...

Jul. También ha citado...

Agap. ¿ A quién?

Jul. Al poeta.

Agap. ¿ Qué me dices?

¿ Se ha declarado por fin?

Jul. Sí, señor.

Agap. ¡ Mire usted!

Jul. *Item.*

Comparecerá también

A su tribunal temible

El capitán don Martín,

A fin de que se administre

Recta justicia á los tres

Agap. ¡ Bien! Comparecencia triple.

¿ Es concurso de acreedores? —

Con tal que á mí me adjudiquen

La hipoteca... ¡ Oh! ¿ Quién lo duda?

Me alegro de que nos cite

A un tiempo á los tres. Mi triunfo

Así será mas plausible,

Mas solemne, y mis rivales...

¡ Cuánto voy á divertirme! —

Di: ¿ cómo, cómo leyó

Mi carta? Con apacible

Sonrisa, con cierta... Aguarda:

¿ Te gustan los diabolines?

Aun tengo...

Jul. No soy golosa.

Agap. ¿ Qué le ha parecido el simil...?

Jul. No entiendo.

Agap. La consonancia

De trombones y violines

Comparada á nuestro amor.

Mi pensamiento es sublime.

¿ Lo celebró? (*Va oscureciendo.*)

Jul. Sí por cierto;

Soltando el trapo á reirse

Como yo.

Agap. Pues, de alegría.

Y dime: ¿ tú no advertiste

Palpitacion en su pecho,

Y así..., un rubor...?

Jul. ¡ Oh, qué chinche!

Excuse usted las preguntas,

Porque yo no he de decirle

Ni una palabra.

Agap. Está visto:

Sin duda se me apercibe

Alguna dulce sorpresa.

¡ Oh! Pero yo soy muy lince.

Jul. Al mas lince se la pegan.

Agap. ¡ Oh! Lo que es á mí es difícil.—

Hablemos claros: yo sé

Que Marcela se desvive

Por mí, y esos mentecatos

En vano, en vano compiten

Conmigo.

Jul. Tengo que hacer;

Y si usted me lo permite...

Agap. Anda con Dios. — ¡ Ah! te ofrezco

Para cuando se realice

Mi casamiento...

Jul. ¿ Un vestido?

Agap. Una libra de confites.

Jul. Mil gracias por la fineza.

(Mala vibora te pique.)

ESCENA VIII.

DON AGAPITO.

¡Bravo! La victoria es mía.
Esta noche se despiden
Mis rivales y, no bien
Me dejen el campo libre
Trataremos de la boda.
A medio día convite
Gastronómico; á la noche
Gran concierto, baile... Envidien
Mi fortuna los que tanto
Con sus bromas me persiguen;
Los que me llaman enclenque
Y fátuo y... Yo sé el *busilis*
Mejor que nadie; y mujer
Que á mis gracias no se rinde
Bien puede decir... ¡Qué veo!
Allí vienen el belitre
De don Martín y su primo
Don Amadeo. ¡Infelices!

ESCENA IX.

DON AGAPITO, DON MARTIN, DON AMADEO.

Mart. No puede tardar. Aquí
La aguardaremos.
Amad. ¡Terrible
Momento!
Mart. Don Agapito. (*En voz baja.*)
Hagamos lo que te dije.
¡Duro en él! Yo por un lado;
Tú por otro.
(*Se acerca á don Agapito y le da una fuerte
palmada en el hombro.*)
Don Melindre,
Buenas noches.
Agap. Poco á poco.
No quiero que me acaricien
De ese modo.
Amad. Buenas noches.
(*Por el lado opuesto haciendo lo mismo.*)
¿A cómo van los anises?
Agap. ¡Eh, que mis hombros no son
De piedra!
Mart. No; son de mimbre;
Ya lo sé; pero mi afecto...
Agap. Bueno está que usted me estime;
Pero...
Amad. ¡Cuidado, que soplan
Unos vientos muy sutiles,
Y usted no está para fiestas!
Le aconsejo que se cuide.

Agap. Pero, señores, ¿qué diablos...?
Quiero que ustedes descifren...

Mart. Guárdese usted del sereno.

Agap. Pero aunque yo me constipe,
¿Qué le importa á nadie?

Mart. Vamos;
El que de esto no se rie
No tiene gusto.

Agap. ¡Señores!...

Mart. Oye para que te admires.

Ese apéndice...

Agap. ¡Qué frases!

No; pues como yo me irrite...

Mart. Quiere casarse.

Amad. ¿De veras?

No haga usted caso. Son chistes

De mi primo. ¡Usted casarse!

Agap. Sí, señor. ¡Y quién lo impide!

Mart. Y con Marcela. ¡Ahí es nada!

Agap. ¡Bueno es que ustedes me priven...

Mart. Hombre, no sea usted fatuo.

Amad. Hombre, no sea usted simple.

Mart. ¿Donde se ha metido usted?

Amad. Mejor es que se retire

Con sus honores...

Agap. ¡Por vida...!

Desde que tengo narices

No me he visto...

Mart. ¿Quiere usted

Con esa traza de tiple

Enamorar á Marcela?

Si fuera entonar un *kyrie*...

Agap. ¡Oiga usted...!

Amad. ¡Marido un *quidam*

Que padece de raquitis!

Mart. Si usted se casa..., perdone

Que su fin le pronostique;

No vive usted veinte días.

Amad. ¿Qué veinte días? Ni quince.

Agap. ¿Quiere ustedes dejarme?

Mart. ¡Vaya una figura triste!

Agap. Pero ¿hay valor para esto?

Amad. ¡Vaya una cara de tisis,

Que da gozo!

Agap. ¡Voto á bríos!

Amad. ¡Lindo mueble!

Mart. ¡Lindo dije!

Agap. ¡Me ahorcara!

Amad. ¡Vaya un apunte!

Mart. ¡Vaya un ente inverosímil!

Agap. Señores, basta de broma.

Mart. ¿Eh? ¿Quiere usted que me ex-
plique

De otro modo?

Amad. Mejor es.

Dejémonos de perfiles.

Renuncie usted á la mano

De Marcela.

Agap. Es imposible.
Mart. Deje usted de visitarla.

No es justo que nos fastidie...

Amad. Que nos estorbe...

Agap. Esas cosas

De ningun hombre se exigen;

Y primero...

Mart. ¿Con que usted

Gallea?

Amad. ¿Usted se resiste?

Mart. Pues véngase usted conmigo.

(*Tirándole de un brazo.*)

Amad. Pues veremos si usted riñe

(*Tirándole del otro.*)

Como habla. Sígame usted.

Agap. Señores, no me desquicien.

Mart. Déjale. Vamos al campo.

Amad. Es inútil que porfies.

Antes lidiará conmigo.

Agap. Pero entre Escila y Caribdis

¿Qué hago yo?

Mart. Suéltale.

Amad. Aparta.

Agap. ¡Por piedad, no me asesinen

Ustedes!

Mart. ¡Al campo!

Amad. ¡Al campo!

Agap. ¿Quién me socorre? ¡Ah, caribes!

ESCENA X.

DON AMADEO, DON AGAPITO,
DON MARTIN, DON TIMOTEO, JULIANA.

(*Don Martín y don Amadeo sueltan á don
Agapito.—Juliana trae luces.*)

Tim. ¿Qué es esto?

Jul. ¿Qué es esto?

Amad. Nada.

Tim. Esos gritos...

Mart. Una broma.

Agap. Pero broma muy pesada.

Mart. ¿Se pica usted, camarada?

Pues con su pan se lo coma.

Tim. ¿Picarse? ¡Qué disparate!—

Pero al oír tal debate

Yo pensaba, por mi abuelo,

Que se trataba de un duelo,

O desafío, ó combate.

Mart. ¡Qué! No, señor. Le hemos dicho

Que deje de pretender

A Marcela.

Tim. ¡Buen capricho!

Mart. Porque ella es mucha mujer

Para semejante bicho.

Agap. ¿No ve usted como me insultan?

Yo lo sufro...

Amad. Por desidia.

Agap. Mas si antes no me sepultan,

Marcela... En vano lo ocultan:

Se están muriendo de envidia.

Tim. ¡Silencio! Amigos ahora;

Luego, mas tarde, después...

Jul. Fuego de amor los devora;

Mas ya vendrá mi señora,

Y escogerá entre los tres.—

Oiga usted, don Amadeo.

(*Se lo lleva á un lado, y hablan aparte.*)

Lo mismo hace don Timoteo con don

Martín.)

Hablé por usted á mi ama.

De usted será. Así lo creo.

Amad. ¡Fausto amor! ¡Dichosa llama...!

Mas ¡ay! te engaña el deseo.

Tim. Usted va á rendir el muro.

Mart. ¿Será mía?

Tim. Lo aseguro...

Mart. ¡Si vale usted un tesoro!

Tim. Lo afirmo y lo corroboro,

Y lo sostengo, y lo juro.

Agap. ¡Cuánto tarda! Me impaciento.

¡Oh! Con tisis, ó sin tisis,

Ya se verá... Pasos siento.

Jul. Ya está aquí.

Tim. Llegó el momento

Decisivo; esto es, la crisis.

ESCENA XI.

DON TIMOTEO, DON MARTIN, JULIANA,
MARCELA, DON AGAPITO,
DON AMADEO.

Tim. Bienvenida.

Amad. (¡Oh dulce vista!)

Marc. Caballeros, buenas noches.

Tim. Aquí tienes tres amantes;

O bien, tres adoradores,

Que solicitan, pretenden,

Anhelan ser tus consortes.

Todos tienen buenas prendas,

O cualidades, ó dotes;

Y es fuerza que alguno de ellos

Tu preciosa mano logre.

¿A cuál de los tres eliges?

¿A cuál de los tres escoges?

Marc. Declarados ya los tres,

El triste deber me imponen

Mi amistad, mi honor, mi estado

De decir á estos señores

Libremente mi sentir;

Y pues el poder del hombre,

Como ha dicho alguno de ellos,

No manda en los corazones,

Yo espero que sin rencor
A mi fallo se conformen.

Agap. Lo prometo.

Mart. Y yo tambien.

Amad. Y yo.

Marc. Tres declaraciones
He recibido esta tarde
Que me colman de favores.
Ahora bien; responderé
A todos tres por su órden.—
Don Agapito...

Agap. ¡Ay Marcela!
(Solo á mí me corresponde.
Sus ojos lo están diciendo.)

Marc. Aunque me sobran razones
Para quejarme de usted,
Pues no sé cuándo, ni dónde
Le he dado yo fundamento
Para que tanto blasone
De mi soñado cariño...

Agap. Señora..., yo...

Mart. Aquí se oye
Y se calla.

Marc. La indulgencia
Ha sido siempre mi norte;
Y mal puedo yo evitar
Que usted viva de ilusiones.
Le perdono su osadía.
Por lo que hace á sus amores,
Los agradezco en el alma,
Siquiera por los bombones
Que me regaló esta tarde;
Mas le ruego no se enoje
Si digo que para usted
Mi corazón es de bronce.

Agap. ¡Qué escucho!

Marc. No hay que afligirse.

Siendo tanto los primores
De esos piés y de esas manos,
Mujeres hay, mas de doce,
A las cuales un marido
Como usted, vendrá de molde,
Ya que yo no haga justicia
A un mérito tan enorme.
Pero le daré un consejo
Siempre que á mal no lo tome.
Si usted pretende, hijo mio,
Ser venturoso en amores,
Déjese de caramelos,
Robustezca sus pulmones,
Emancipe su cintura
Del corsé que se la come,
Déjese de figurines,
Déjese de rigodones;
Que el hombre ante todas cosas
Está obligado á ser hombre.

Agap. ¡Usted tambien! Vive Dios,
Que ya no hay paciencia...

Tim. ¡Pobre

Don Agapito! Si usted
Consiente en que yo le adobe,
Le cure, le restablezca,
Desencanije y entone...

Agap. Déjeme usted, que estoy hecho
Un tigre, un rinoceronte.
¡A mi tal desaire! ¡A mí...!
Estoy echando los botes
De cólera y de... ¿Qué digo?
Eso quieren; que me amosque,
Y me desespere, y... No;
Que hay hermosuras mayores
Muertas por mí.—Si, señora;
Y porque usted me abochorne
No dejaré yo de ser
La delicia de la corte.

ESCENA XII.

MARCELA, DON AMADEO, DON MARTIN,
DON TIMOTEO, JULIANA.

Jul. (Ese va ya despachado.)

Tim. ¡Qué estúpido es ese jóven,
Qué mentecato, qué nécio,
Y qué estólido, y qué torpe!
No; pues como no se enmiende,
O se corrija, ó reforme,
Le anuncio, le pronostico,
Le presagio mil sofiones;
¡Oh! y exequias prematuras,
Anticipadas, precoces.

Mart. Con que ¿á quién le toca ahora?

Amad. (Yo tiemblo como el azogue.)

Marc. Al señor don Amadeo.—

Sentiré que le incomode
Mi franqueza. Yo le estimo
Como á un hermano. Son nobles
Sus sentimientos; su trato
El mas ameno; es muy dócil,
Muy fino, muy consecuente
Y me faltan expresiones
Para ensalzar su talento;
Mas, por mucho que me honre
Con su mano, nuestros gustos,
Nuestros genios son discordes.
Él es serio, reflexivo,
Taciturno; y yo, señores,
Viva, alegre, bulliciosa.
Además, aunque él me adore,
Jamás podré conseguir
Que á las musas abandone...
Y tendré zelos de Erato,
De Talia y de Caliópe.
Mas ya que el hado no quiere
Que esposo mio le nombre,

ESCENA ULTIMA.

MARCELA, DON TIMOTEO, DON MARTIN,
JULIANA.

Marc. Don Martin, ¿lloro ó me rio?
Porque á la verdad yo dudo
Lo que debo hacer.

Mart. Reir
Es lo mejor.

Tim. ¡Qué *ex abrupto*,
Qué descarga, que andanada,
Qué tempestad, qué diluvio
De quejas y de clamores,
De lágrimas y de insultos!

Marc. Pero ¿habrá perdido el juicio?
Mart. ¿Cómo, si nunca lo tuvo?

Ya ve usted; poeta... Pero
No hay cuidado: ese es un flujo
De palabras. El morir se
De amores ya no está en uso.

Tim. Ea, vamos; ya está visto
Que es tu novio, ó tu futuro,
Don Martin.

Jul. (¡Pobre poeta!)
Tim. Aplaudo, celebro mucho,
Tu buena eleccion, tu acierto;
Quiero decir, tu buen gusto.

Mart. Si merezco tanta gloria
No habrá, señora, en el mundo
Quien no envidie...

Marc. Usted perdone,
Don Martin, si le interrumpo.
Confese usted que no tiene
Todavía muy maduros
Los cascos para marido.
Aun no está usted muy seguro
De quererme solo á mí.
Aun están muy en tumulto
Esas pasiones; y yo,
Que no fui con mi difunto
Muy dichosa, antes que humille
Otra vez mi frente al yugo
Lo miraré muy despacio.
Palabras que como el humo
Se disipan nada prueban,
Y á quien cumplió cinco lustros,
Don Martin, no se deslumbra
Con amorosos arrullos.
Aunque un poco atolondrado,
Usted, no lo dificulto,
Sería muy buen marido;
Mas dice un refran del vulgo
Que lo mejor de los dados
Es no jugarlos.

Mart. ¡Me luzco
Como hay Dios!

Mas tierna amiga que yo
No ha de hallar en todo el orbe.

Amad. ¿Amiga? ¡Qué profleres!
(*Muy exaltado.*)

¿Merece mi cariño tanto agravio?
¡Ah! Rompa ya mi labio,
Rompa el silencio, pues mi muerte
quieres.—

¡Oh tú, la mas cruel de las mujeres!
¡Oh tú, cuyos hechizos
Por mi destino aciago
Adoro á mi despecho!

¿Solo me ofreces de mi amor en pago
Yerta amistad? Arráncame del pecho
En donde está grabada,
Arráncame primero, ingrata, impia,
Tu imágen adorada.—

¡Ay! Mal que pese á tu desden infausto,
Cuando al dolor sucumba,
Y pronto gozarás en mi holocausto,
Conmigo aquí á la tumba

(*Con la mano en el corazón.*)
Descenderás ¡oh linda entre las lindas,
Y oh fiera entre las fieras la mas fiera!
La amistad apacible

Con que tú ahora ¡pérfida! me brindas
Tal vez se cambia en amorosa hoguera;
Mas ¿dónde el insensible,
Dónde está el corazón cobarde, helado,
Que á la amistad descende
Cuando en llama voráz Amor le en-
ciende?—

No, no. Sé mi enemiga,
Pues no merece el misero Amadeo
A par de ti ceñirse en los altares
La plácida corona de Himeneo.
En tanto mis pesares
Lejos de ti llorando, en la ribera
Del lento Manzanares,
Yo con voz lastimera
A los vientos daré tristes cantares.
¡Adios!

Marc. Pero oiga usted...

Amad. No. Ya es en vano.

Mart. ¡Primo...!

Tim. ¡Raras manías!

Mire usted, considere, reflexione
Que como no abandone...

Amad. ¿Ya va usted á ensartar sus pro-
fecias?

Cállese usted, y el diablo se le lleve.—

¡Adios, mujer aleve!

¡Adios por siempre! ¡Adios! Nuevo Ma-
cias

Victima moriré de tus rigores.

En tiernas elegias

Cantad, hijos de Apolo, mis amores,
Y en mi huesa llorad, ¡llorad, pastores!

Tim. Pero, sobrina...
Mart. Con que ¿tampoco hay indulto
Para mi?

Marc. Perdona usted.
No es vanidad, no; lo juro,
La causa de este desvío
Con que á tres novios renuncio;
Pero amo mi libertad
Y en ella mi dicha fundo.
No aborrezco yo á los hombres
Aunque severa los juzgo.
Confieso que para amigos
Son excelentes algunos;
Para amantes, casi todos;
Para esposos... ¡abrenuncio!
Mi sexo me inclina á ellos;
Mi razon toma otro rumbo.
No se al fin quién vencerá,
Porque yo no soy de estuco.
Entre tanto ni desprecio
A los hombres, ni los busco.
Buenas palabras á todos;
Mi corazon..., á ninguno.

Mart. Esa franqueza me encanta;
Y sería un necio, un bruto
Si, ya que aspirar no puedo,
Aunque de amor me consumo,
A una mano tan preciosa,
No cifrase yo mi orgullo
En elogiar á Marcela
Y en llamarme esclavo suyo.

Jul. Con que ¿no se casa usted?

Tim. ¿He de bajar yo al sepulcro
Sin el consuelo, el alivio,
El gusto, el placer...?

Marc. Presumo
Que así será.

Tim. Mas ¿por qué,
Por qué, mujer? Yo me aburro.

Marc. Boda quiere la soltera

Por gozar de libertad,
Y mayor cautividad
Con un marido le espera.
En todo estado y esfera
La mujer es desgraciada;
Solo es menos desdichada
Cuando es viuda independiente,
Sin marido ni pariente
A quien viva sojuzgada.

Quiero pues mi juventud
Libre y tranquila gozar;
Pues me quiso el cielo dar
Plata, alegría y salud.
Si pelagra mi virtud
Venceré mi antipatía,
Mas mientras llega ese día
¿Yo marido? Ni pintado,
Porque el gato escarmentado
Huye hasta del agua fría.

Los humanos corazones
Ya á mi costa conocí.
Pocos me querrán por mí;
Cualquiera por mis doblones.
Celibatos camastrones,
Buscad muchachas solteras,
Que muchas hay casaderas.
Dejadme á mí con mi luto.
Paguen ellas su tributo:
Yo ya lo pagué; y de veras.

No perturbeis mi reposo.
Hombres, yo os amo en extremo;
Pero, á la verdad, os temo
Como la oveja al raposo.
Este es necio; aquel zeloso;
Avaro y altivo el uno;
Otro infiel; otro importuno;
Otro...

Mart. ¿Está usted dada al diablo?

Marc. No hay que ofenderse. Yo hablo
Con todos y con ninguno.

ELENA,

DRAMA EN CINCO ACTOS,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DÍA 23 DE OCTUBRE
DE 1834 (1).

PERSONAS.

ELENA.
VICTORINA.
BLASA.
DOÑA CASILDA.
DON GERARDO.
EL MARQUÉS.
GINÉS.
EL CONDE.
REJON.

TORMENTA.
PANCHO.
PASCUAL.
UN PINTOR.
UN MÉSICO.
DON TADEO.
UN CARRETERO.
LADRONES.
CRIADOS.

El primer acto pasa en Utrera; segundo y tercero en Sevilla; cuarto en un despoblado, y quinto en una
cabaña á las inmediaciones de Écija.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Gerardo.

Me avergüenza; ya me canso
De gemir, de suplicar...
Mi esposa ha de ser Elena:
Lo he jurado: lo será.
¡Ay desdichada mujer
Si es ingrata á mi bondad!

ESCENA PRIMERA.

DON GERARDO.

Ya no hay freno á mi pasión;
Ya tanta debilidad

ESCENA II.

DON GERARDO, GINÉS.

Ginés. Señor...

Ger.

¿Qué hace mi sobrina?

(1) Con este drama hizo el autor su primer ensayo en un género harto distinto del que habitualmente ha cultivado. Sus amigos le instaban á dar alguna muestra de su poca ó mucha capacidad para crear situaciones de grande interés y pintar afectos y caracteres de aquellos que no caben en la comedia propiamente así llamada. El moderno *romanticismo* estaba en su mayor auge, y era difícil que temprano ó tarde dejase de llevar también alguna ofrenda á las aras del idolo nuevo. Procuró sin embargo no convertir su culto, quizá no muy voluntario, en fanática superstición. Como desempeñó esta tarea, objeto entonces de agras censuras por una parte y excesivos elogios por otra, juzguelo el lector. Solo dirá, y cree que esta colección lo va demostrando, que no ha sido su musa tan uniforme y sistemática como lo han pretendido los que le han juzgado sin suficiente conocimiento de causa. Bien es verdad que no es esto muy de extrañar habiendo trascurrido mas de un cuarto de siglo desde que apareció su primera obra dramática, y en tiempos los mas azarosos y turbulentos que